

**VII Concurso de relatos**  
**FICCIÓN Y CIENCIA**

**RELATO GANADOR 2018**

**La esfera**

**Avelino Sáez Hernández**



UNIVERSIDAD  
DE MÁLAGA

Vicerrectorado de Investigación y Transferencia  
Publicaciones y Divulgación Científica

© Avelino Sáez Hernández

© Publicaciones y Divulgación Científica. Universidad de Málaga

Coordinación: Rosario Moreno-Torres Sánchez

Corrección y edición: Javier Sánchez Relinque

Diseño y maquetación: Aurora Álvarez Narváez

Colección: Ficción y Ciencia

VII Concurso de relatos  
**FICCIÓN Y CIENCIA**

# **La esfera**

**Avelino Sáez Hernández**

**Universidad de Málaga**  
**2019**

## La esfera

*Avelino Sáez Hernández*

—Por aquí, señor ministro.

El ministro entró en el laboratorio, seguido del rector, el decano de la Facultad de Ciencias y todo el personal docente invitado al acto.

—Este es el microscopio de fuerzas atómicas. Aquel, el óptico de campo cercano, y en aquella mesa está el espectrómetro.

—¿Para qué los usan?

—Pues trabajamos, por ejemplo, en el encapsulado o en la modificación de nanotubos y nanofibras.

—Ya veo. ¿Aplicaciones médicas?

—Y también industriales: cerámica, alimentos, patrimonio submarino...

Apenas hubo más preguntas, la visita al laboratorio de los Servicios Centrales fue corta. Como todos ya habían supuesto, a don Pedro Duque le interesaban más los trabajos relacionados con la misión Mars 2020. Así que, después de un vistazo rápido a aquellos extraños racimos de espaguetis de carbono, la expedición abandonó el edificio y dio un corto paseo para entrar en otro, donde estaba el UMA Laserlab.

Aquello era otra cosa. Al ministro le brillaban los ojos cuando se encendían los láseres rojos, verdes y amarillos encerrados en una especie de laberintos de espejos y prismas, y más aún cuando le mostraron los trabajos relacionados con el rover marciano. Era la guinda de la visita. Todo eran sonrisas y satisfacción. Hasta que irrumpió en escena un visitante inesperado.

—Señor ministro, si me permitiera un momento, nada más que un momento...

Dios mío, ¿quién había permitido que Mario Rivas se colara allí? ¡Se le había prohibido expresamente comparecer en la visita oficial! Pero estaba visto que aquel loco no aceptaba someterse a ninguna norma.

—Señor ministro, tiene usted que conocer mi trabajo. Es fundamental que lo vea. He preparado una sencilla demostración...

Pero una señal del jefe del laboratorio al servicio de seguridad del ministro hizo que el inoportuno visitante, cogido prácticamente en volandas, desapareciera de escena tan súbitamente como había aparecido.

—Disculpe, Señor Duque, no entiendo cómo ha podido suceder. Ese tipo... en fin, olvídalo, se lo ruego.

—Pero, ¿es alguien que trabaja aquí?

—Llegó no hace mucho con un programa de intercambio con Estados Unidos, pero sus extravagancias nos han dado

tantos problemas que hemos rescindido el acuerdo. Solo estamos esperando que termine el papeleo para enviarlo de vuelta a su centro de origen, donde parece que también están deseando quitárselo de encima.

Superado el incidente, prosiguieron las explicaciones sobre cómo la Supercam del rover analizará los compuestos químicos de la superficie del planeta rojo. A continuación llegó la prensa —por fortuna demasiado tarde para presenciar la desagradable interrupción de Rivas— y se tomaron las fotos oficiales. Cuando alguien susurró al ministro que era hora de cumplir con el siguiente acto de la agenda, este se despidió y la visita se dio por finalizada.

Mientras salía con los demás, Teresa pensó en qué podría ocupar el resto de la mañana. Era verano, hacía calor. Lo mejor sería tomar algo en un bar cercano y leer en su tablet un par de artículos sobre virología.

Nada más entrar divisó en una de las mesas a Mario Rivas. Por un momento pensó en escabullirse, pero él ya la había visto. Bueno, después de todo Mario no le había caído mal las pocas veces que lo había tratado. Y era nuevo en la UMA, como ella. Demasiado impulsivo, eso sí; pero también muy guapo. Así que...

—Hola, Mario.

—Hola. Menudo numerito, ¿verdad? Lo siento. Estaba desesperado, tenía que intentar... en fin, ha sido ridículo, lo sé. ¿Se han enfadado mucho?

—Imagínate. ¿Qué estás tomando?

—Cerveza *sin*.

M<sup>a</sup>. Teresa miró su reloj.

—Vale. Me tomaré una *con*.

Hizo una seña a la camarera y enseguida tuvo delante un vaso rebosando espuma. Tomó un largo trago y lo dejó de nuevo en la mesa.

—Así que te largan de la UMA, ¿eh?

—Sí.

—Se veía venir. Tío, no dudo que tengas buenas ideas, y está claro que trabajas duro, pero no puedes ir por el mundo con esas prisas.

—Es que mi trabajo sobre la luz es importante. Más que eso, es decisivo. No tengo tiempo de escribir artículos y esas zarandajas. Las ideas me explotan en la cabeza, necesito avanzar al ritmo de ellas y no me dejan.

—Bueno, verás... lo que tú llamas zarandajas es el método científico, no sé si estás al tanto.

—Tienes razón. Pero...

—Oye, a mí también me gustaría que dieran más dinero y medios a mi departamento, ¿a quién no? Me pasaría el día entero haciendo tomografías celulares si tuviera unas pinzas ópticas último modelo... pero la ciencia está como está, y en España...

—¡Pero no han querido ni oírme! Te juro que me dan ganas de hacer explotar el laboratorio.

—Cálmate. Y yo que tú no repetiría eso en público.

Ambos bebieron en silencio un momento y dejaron los vasos vacíos. Mario hizo un gesto a la camarera y pronto estuvieron llenos otra vez. Pagó él, y se quedó mirando a Teresa.

—Vale, tú ganas —dijo ella. ¿Cuál es esa investigación tan importante para el futuro de la humanidad?

—¿Te interesa?

—Pues no. De hecho, una sirena en mi cabeza me está avisando de que ahora debería taparme los oídos y salir corriendo. Pero me has desarmado al invitarme a la cerveza. Así que apagaré la sirena. Solo por un rato.

—Pues verás, en Berkeley experimentaba con la conversión masa-energía.

—Transformar masa en energía. Oye, ¿no es eso lo que hacen las bombas atómicas? ¿Qué mierda hacíais en Berkeley?

—Alto secreto, desde luego. Pero no bombas atómicas, mi contrato no me obliga a matarte si te lo cuento. Además, el trabajo al que me refiero lo llevábamos a cabo en secreto, entre unos pocos. Y extraoficialmente.

—¿A espaldas de tus superiores?

—Bajo la dirección del mío. Pero sin conocimiento de los demás, sí.

—¿Y podíais usar los equipos para estudios extraoficiales?

—Pues no, claro. Y cuando comenzaron a sospechar, llovieron los problemas. Mi jefe había convencido a otro grupo

en el Caltech de California para que nos ayudara, pero alguien allí no fue lo bastante prudente. Nos detuvieron y nos interrogaron. No sé cuántas veces. Al final no sacaron nada en limpio, pero aun así nos retiraron las autorizaciones de seguridad y nos dieron la patada de una u otra forma. A mi jefe se lo llevaron, no sé adónde, y no he vuelto a saber de él. A mí me enviaron de vuelta a España por medio del intercambio con la UMA.

—¿Y qué pasará cuando vuelvas?

—No creo que me dejen volver. Hoy ha sido mi fin en la UMA y en Berkeley. Y seguramente en cualquier otro laboratorio.

—Pues lo siento mucho. Pero, para serte sincera, te lo has buscado.

—Cuando llegué creí que Laserna entendería mi proyecto. Pero enseguida me tomó por loco.

—Después de lo que me has contado, yo también he de pensarme si estás cuerdo o no. Así que conversión masa-energía, ¿eh?

—Eso es. Por medio de la luz. Por eso me interesa vuestro trabajo con láser.

—Entiendo. O mejor dicho no, explícate.

—Pues en realidad no es complicado. Como has dicho, una bomba atómica no es más que una conversión descontrolada de materia en energía. Un gramo de materia equivale a más de 20.000 millones de kilocalorías, así que unos cuantos kilos de uranio, o mejor de plutonio, arman una buena fiesta, ya sabes. Pero si pudiera hacerse de manera controlada... En cuanto al

camino inverso, convertir energía en masa física, también es posible. Cualquier laboratorio decente puede convertir, por ejemplo, un fotón de rayos gamma en un electrón y un positrón. Lo interesante está en hacerlo en cantidades macroscópicas. Pero claro, producir toda esa cantidad inconcebible de energía y reunirla en un punto para crear, digamos, un cubo de acero, o una manzana, hasta ahora era imposible.

—¿Hasta ahora? ¿Y desde cuándo lo es? Debo haberme perdido ese número de *Nature*.

—¿He logrado interesarte?

—Has logrado que comprenda por qué te echan de todos lados.

—Bueno, continuó.

—No, si no pagas otra ronda. ¿Te crees que oír tus payasadas es gratis? No puedo hacerlo sobria, y además es viernes.

—Está bien. ¡Otras dos aquí!

Teresa apuró el vaso de un trago, se limpió la espuma con una servilleta de papel y se obligó a oír los delirios de su acompañante. Ambos se dieron un respiro hasta que la camarera repuso las bebidas.

—Aplicaciones.

—¿Qué?

—¿Qué aplicaciones potenciales tiene tu proyecto demente? La ciencia pura es muy bonita, pero nadie se juega su carrera por ella. No me dirás que tu grado de locura llega hasta ahí.

—¿Aplicaciones? ¿Qué te parece crear de la nada el objeto que se te antoje?

—¿Puedes hacerlo? ¿Creasteis una especie de impresora digital que cargáis con un cartucho de energía y que puede imprimir oro?

—No.

—¡Menos mal! Habría gritado si hubieras dicho que sí.

—No tuvimos tiempo de diseñar un mapeador atómico, de hecho, probablemente, el mapeador tendrá que ser subatómico, supongo que quárkico estaría bien. Es necesario ese mapa del objeto para que la *impresora*, como tú la has llamado, lo reproduzca. Pero si logro reunir en España la gente y el equipamiento adecuado...

—¡Ja, ja, ja, ja! Naturalmente, qué tonta soy. Con la gente y el laboratorio adecuado puedes hacer que yo vuele sin alas, ¿a que sí?

—Es lógico que te burles, no te lo tendré en cuenta. Pero, ahora que lo pienso, lo que acabas de decir no anda muy descaminado.

—No me digas

—Pues sí, en cierto modo. Todavía no puedo crear un objeto, aunque ese es el objetivo último de mi trabajo. Pero la conversión podría usarse como medio de transporte.

—Bonita teoría. Encuadérnamela para que la coloque en mi estantería. Creo que la pondré entre *Peter Pan* y *Frankenstein*.

—No es una teoría. Puede hacerse.

—¿Cómo? ¿Has construido un teletransportador?!

Teresa tomó otro trago de cerveza. Empezaba a sentir los efectos del alcohol, pero lo necesitaba, no cabía duda.

—Dios mío —dijo después de vaciar medio vaso—, pensaba ver una película esta tarde, pero esto es mucho mejor. Sigue, hombre, no te cortes. Suéltalo todo. Ya puestos...

—Vale, pues funciona así: enchufando mi esfera...

—Tu esfera...

—La máquina que construimos en Berkeley.

—¿La qué?

—La teníamos escondida muy cerca del laboratorio. Cuando la cosa empezó a ponerse fea la desmontamos y me mandaron a España...

—Te la trajiste.

—Sí.

—Y la tienes aquí.

—¿Dónde si no?

—¿En tu casa?

—No, en el Laserlab. ¡En casa no tengo equipos láser a los que enchufarla!

—¿En el... dónde?

—Escondida. La uso cuando todos os vais y me quedo a trabajar solo.

Teresa abrió la boca, pero fue incapaz de emitir ningún sonido.

—Una vez enchufada al láser, la esfera, en realidad es como una caja cuadrada, pero yo la llamo la esfera...

—Claro, claro, tiene sentido. Como lo demás.

—...una vez que la enchufo, está lista para convertirse en luz, junto con lo que coloques en su interior.

—Un mono, por ejemplo.

—¿Por qué un mono?

—O un elefante rosa; por ejemplo.

—Oye, Teresa, ¿cuánto has bebido?

—Demasiado poco. Poquísimo. Nada para lo que me pide el cuerpo oyéndote. Págate otra.

—No sé, a mí me parece que...

—Paga otra y sigue hablando. Aprovecha ahora. Soy la única persona que te va a escuchar. Y solo porque mañana no me acordaré de nada. Así que paga.

—¡Otra cerveza!

—Eso es. Y ahora termina rápido, quiero irme a casa y ver el episodio de *The Big Bang Theory*.

—Pues colocamos el mono... digo, el objeto en el interior de la esfera —que, ya digo, en realidad es cuadrada—. La esfera se apoya en una plataforma que está enchufada al láser. Y si tenemos una segunda plataforma, también enchufada al equipo

de láser apropiado, en otro lugar... digamos en Berkeley, por ejemplo...

—Sí, digamos en Berkeley.

—...entonces puedo enviar la esfera hasta allí. Instantáneamente. O casi: a la velocidad de la luz.

—Y ¿cómo lo haces?

—Pues convirtiendo la esfera en luz por medio del conversor que la plataforma tiene incorporado.

—Fallo. La energía desprendida haría explotar la esfera, el Laserlab, la facultad, y mandarías toda Málaga volando hasta Berkeley.

—Así ocurriría si la conversión fuera descontrolada, como ocurre con una explosión atómica. Pero el conversor no la desperdiga en todas direcciones, sino que convierte la materia en un haz de luz compacto, tipo láser, y la dispara en forma de rayo lumínico hasta la segunda plataforma, donde vuelve a transformarse en materia. No se desparrama ni se destruye nada.

—Pero una parte de la energía tiene que gastarse en el desplazamiento. Por lo tanto el mono podría aparecer en la segunda esfera sin cabeza, o sin cola.

—Correcto. Pero el conversor convierte en luz tanto la propia esfera como todo lo que contenga, incluido el aire. Y precisamente utiliza como combustible para el desplazamiento la energía aportada por los elementos menos densos, es decir,

que solo gasta en ello una parte del aire de la esfera. De manera que el mono aparece dentro de la esfera y en el lugar de destino vivo y coleando.

Teresa se puso de pie.

—De acuerdo, me has convencido. Vamos a ver esa esfera en acción. ¿Dónde se encuentra la otra plataforma, la que recibirá el objeto?

—No hay otra. Debía construirla el grupo del Caltech, pero todo se fue a la porra antes de que empezaran siquiera.

Teresa se dejó caer de nuevo en la silla y soltó un suspiro.

—¡Ya está, llegamos al punto al que tarde o temprano teníamos que llegar! Así que no puedes demostrar nada.

—¿Quieres una demostración?

—Ahora o nunca, pistolero. No tendrás otra oportunidad. Solo me emborracho cada tres meses, y para la próxima vez ya estarás abrazándote a ti mismo en una celda acolchada.

—Déjame pensar... quizá... sí, a lo mejor puedo hacerte una demostración de la máquina con una sola esfera y una sola plataforma.

—¿Y cómo es eso, de repente ya no necesitas dos?

—No, si enviamos la esfera... de vuelta a la misma plataforma de la que ha partido.

—¿A la velocidad de la luz?

—Sí.

—¡Pero entonces no notaremos nada, idiota! ¿Quieres encerrar al mono en la esfera, volver a abrirla, sacarlo y hacerme creer que en el ínterin ha estado desintegrado? ¿Por quién me tomas?

—Deja en paz al mono, lo haremos con cualquier objeto, un bolígrafo. Pero haremos que viaje a la velocidad de la luz... durante un minuto.

—Un minuto. Hum... ¿Y qué pasará entonces?

—Pues que la esfera debería convertirse en luz, salir disparada hasta un punto situado a medio minuto luz de distancia de la Tierra —a unos dieciocho millones de kilómetros—, volver por el mismo camino y materializarse otra vez sobre la plataforma.

—¿Y entonces sí notaremos algo?

—Deberíamos, dado que la esfera estará viajando por el espacio durante un minuto.

—¿Desaparecerá?

—Así debe suceder. Para aparecer de repente, en el mismo sitio, un minuto después.

—Bien. Muy bien. Entonces...

—Entonces...

—¡Adelante!

Teresa tuvo que colgarse del brazo de Mario para llegar sin tropiezos. Estaba un poco mareada por el alcohol, y se quejaba del calor veraniego. Pararon un momento en una

tienda y compraron un par de helados. Teresa abrió el suyo y comenzó a lamerlo, pero Mario metió el otro, todavía dentro de su envoltorio, en una bolsa de plástico y se lo guardó en el bolsillo de la camisa.

—¿No lo quieres? ¿Entonces para qué lo has comprado?

—Luego lo verás. Démonos prisa, no quiero que se nos derrita todavía.

Por un camino rodeado de árboles llegaron por fin al Laserlab.

Una vez franqueado el acceso de seguridad, Mario entró en uno de los despachos y enseguida volvió a salir con un tubo corto en una mano y una especie de consola electrónica en la otra. Luego condujo a Teresa por el pasillo hasta uno de los laboratorios.

—Espera —dijo ella—. Necesito usar el servicio.

—Está bien. Yo encenderé mientras tanto el láser y prepararé su conexión hasta la máquina.

—Lo que tú digas.

Teresa se tomó su tiempo. Cuando terminó entró en el laboratorio principal, donde Mario, con unas gafas de seguridad puestas, manipulaba el láser encendido.

—Esta parte ya está.

—¿Y eso qué es?

Una manguera de cables salía del cajón donde el láser trazaba un camino en zig-zag de un dispositivo óptico a otro.

El otro extremo de la manguera estaba conectado a un enchufe de la pared.

—No te preocupes, es la conexión que necesito con la máquina.

—¿Y dónde está?

—No está aquí. Está afuera.

—¿Afuera?

—No podía meterla aquí sin que nadie me hiciera preguntas. Así que está fuera, oculta. Pero basta con que esté unida al láser mediante esta conexión.

—Pero... lo has enchufado a la electricidad de la pared. Un láser. ¿Estás seguro de lo que haces? En la habitación de al lado hay suficientes explosivos para reducir a polvo todo el edificio. ¿Y si provocas un cortocircuito y saltan chispas, o hay un incendio, o...?

—No te preocupes, he usado esta conexión otras veces y no ha pasado nada.

—Eso no me tranquiliza en absoluto. Me parece que estoy cambiando de opinión, ya no me parece buena idea todo esto. Ni siquiera con el mareo que llevo encima.

—Ya está. Ven, acompáñame. Va a ser cosa de un momento, nada más. Enseguida lo dejamos todo como estaba.

Mario cogió a Teresa por el brazo y la sacó del laboratorio antes de que pudiera seguir protestando. Una vez fuera del edificio, lo rodearon hasta la parte de atrás. Luego dejaron el

camino asfaltado para internarse entre los árboles que rodeaban el complejo.

—¿Pero adónde vas?

—Tú sígueme. La máquina está aquí mismo.

Se detuvieron junto a un árbol. Mario escarbó con las manos hasta descubrir una pala pequeña y con ella se afanó el despejar de tierra un pequeño espacio de terreno, bajo el cual apareció una especie de trampilla de madera. Al levantarla, Teresa comprobó que era la tapa de un gran cajón de madera cuadrado, dentro del cual se había encajado un recipiente metálico casi de las mismas proporciones, de modo que apenas había holgura entre las paredes de uno y otro.

—El recipiente de metal —dijo Mario— es la esfera. Y debajo de ella está su plataforma, cuya conexión enchufaremos ahora al láser.

Tanto la cubierta de la esfera como la tapa del cajón mostraban un hueco redondo en su centro.

Mario destapó la esfera. En sus paredes interiores había una serie de placas de circuitos, pero casi todo el espacio permanecía libre. En el fondo yacía una manguera de cables enrollada, uno de cuyos extremos desaparecía por un conducto que, traspasando el fondo de la esfera, se conectaba a la plataforma que había debajo. Mario sacó la manguera y comenzó a desenrollarla. Fue desplegándola en dirección a la terraza del edificio y al llegar a una de las farolas se agachó junto a ella y le abrió el cuadro eléctrico, que estaba desatornillado.

—¿Pero qué haces ahora?

—Termino de montar la conexión. Desde el laboratorio llega hasta este punto de luz. Ahora conecto esta otra manguera aquí... y *voilà*: la plataforma está enchufada al láser.

—Dios mío. Estás más loco de lo que creía. Van a descubrirnos y tendré que dedicarme a dar clases en la academia de mi barrio el resto de mi vida.

—Vamos, no te alteres. Es tu demostración, tú la pediste, ¿recuerdas?

—No, yo... yo no sabía que ibas a hacer esto. Es peligroso, muy peligroso. Podemos dañar las instalaciones, o el láser. ¡Ay, señor, el láser! No quiero ni pensarlo.

—Tú observa, nada más.

Sacó la bolsa que todavía llevaba en el bolsillo de la camisa, rasgó el plástico, abrió un poco el envoltorio y sacó hacia afuera la punta del helado, que ya comenzaba a derretirse. Chupó la parte derretida, mostró a Teresa el helado, pulido por sus lametazos, como un mago enseña al público una baraja de cartas, y después lo colocó con cuidado en una esquina del recipiente, después de sacar de ella el mando a distancia y el tubo corto.

—Este helado será nuestro viajero.

Una hormiga que había caído al fondo comenzó a caminar hacia el helado.

—Y esta pequeñina también. Fíjate bien dónde la coloco.

Mario la colocó en la esquina de la caja contraria a la del helado. A continuación cerró tanto la esfera como la tapa de madera del arcón donde estaba alojada, y enroscó en el hueco central el tubo que se había traído del laboratorio.

—Y este es el cañón a través del cual la esfera, convertida en haz luminoso junto con su contenido, volará desde el interior de este cajón de madera hasta el espacio, para regresar ahí dentro, cual genio de la lámpara, en unos... ¿Cuánto crees que tardará la hormiga en llegar hasta el helado?

—No sé, un minuto o dos.

—¿Y el helado en derretirse?

—¿Ahí dentro y con este calor? Cinco minutos.

Mario tecleó en la consola que se había traído junto con el tubo.

—Programo cinco minutos.

Pulsó otra serie de teclas y se oyó un clic en el arcón de madera.

—Ahora cierro el arcón con su cierre de seguridad a prueba de curiosos y gamberros. Ahora apártate un poco.

Los dos se retiraron unos metros.

—¿Lista?

—En absoluto.

—Pues allá va.

Pulsó *enter* y... no ocurrió nada.

Mario miró satisfecho a Teresa.

—¿Y ahora qué? —preguntó ella.

—Hay que esperar.

—¿Se supone que la caja metálica...

—La esfera.

—... que la esfera ya no está ahí dentro?

—Así es, ya no está. Ahora mismo se encuentra, luminizada junto con el helado, la hormiga y una porción de aire, más allá de la órbita lunar, y alejándose.

—Pues abre el arcón y comprobémoslo.

—No podemos, el arcón debe permanecer cerrado. Por eso tiene un cierre de seguridad.

—¿Así que no puedo mirar para comprobar si es verdad lo que me dices?

—No, no puedes. Podrás mirar dentro de... cuatro minutos y medio.

—¡¿Y entonces cómo sé que no te estás inventando todo?! Ya estamos otra vez.

—Pues por el helado. Y la hormiga.

—El helado.

—Sí, el helado. Cuando abramos la caja estará tal cual lo dejamos, no habrá empezado a derretirse todavía. Y la hormiga tampoco habrá llegado hasta él.

—¿Y eso por qué?

—Efectos secundarios de la relatividad. Recuerda, el helado y la hormiga están viajando a la velocidad de la luz, lo que quiere decir que aquí en la Tierra el tiempo sí transcurre para nosotros, pero allá afuera no lo hace para ellos.

—¿Quieres decir...?

—Exacto. Desde que han partido hasta que regresen, para la esfera no habrá transcurrido ni un microsegundo.

—Pero entonces... ¿la esfera no solo es un teletransportador, sino que además es una máquina del tiempo?

—Pues nunca lo había pensado hasta que me propusiste esta demostración, pero... sí, supongo.

—¿Y pretendes que me lo crea? ¿Qué has construido tu propio DeLorean? ¿Le has ajustado el condensador de fluzo, lo has lanzado a ciento cuarenta por hora y ahora el helado viajará hasta el lejano oeste para... matar a su abuela o algo así?

—No puede viajar al pasado, deberías saberlo. Según Einstein solo puede viajar hacia el futuro. No estamos hablando del DeLorean, sino de *El planeta de los simios*. Y es una suerte, así nos libramos de la mayoría de las paradojas. Por ejemplo, el helado no podrá matar a su abuela.

—¿Y la hormiga, cómo sabes que vivirá?

—Porque ya lo hemos probado antes. Durante un microsegundo. Los objetos vuelven a recomponerse a escala subatómica, de manera que se regresan en el mismo estado en que se encontraban antes del viaje.

—¿Y no afectará a su mente? ¿A su memoria, por ejemplo?

—No hemos notado ningún cambio de comportamiento otras veces.

—¿Y habéis... mandado de viaje... a algún humano? Os creo tan locos como para eso, a estas alturas.

—No, no lo hemos hecho.

—Porque, por el tamaño de la esfera, cabría. Si la persona no es muy alta.

—La esfera tiene el tamaño máximo que hemos sido capaces de afectar con el conversor.

—Entiendo.

Mario miró su reloj.

—Casi han pasado los cinco minutos.

—Pues vamos a ver. ¿Podemos acercarnos ahora?

—Es mejor que no lo hagamos en el momento del descenso. No debemos bloquear el rayo de luz.

—De acuerdo.

Esperaron, pues, otro minuto más.

—Ahora.

Se acercaron rápidamente y Mario desenroscó el tubo, lo sacó, abrió la tapa del arcón y por último la de la esfera metálica.

Allí estaba el helado, todavía sin comenzar a derretirse, y la hormiga comenzando a avanzar hacia él desde la esquina contraria.

—¿Qué me dices ahora? —exclamó Mario, exultante—. ¡Ahí lo tienes, ahora no puedes negarlo!

Carmen miraba atentamente el helado. La hormiga llegó hasta él. Se la veía feliz. Se iba a dar el atracón de su vida. Seguramente moriría de indigestión.

—¿Qué quieres que te diga? Esto no prueba nada de nada.

—¿Cómo que no? ¿No ves el helado? ¿Cómo es posible que no esté ya medio derretido?

—Y yo qué sé, la oscuridad de la caja lo ha preservado del sol.

—¡¿Qué dices?!

Mario estaba rojo de cólera. Comenzó a moverse nervioso de un sitio a otro.

—¡Todos sois iguales! ¡Ni siquiera sois capaces de atender a razones cuando veis las pruebas delante de vuestras narices! ¡Eres igual que todos los demás!

—Oye, tú, tranquilízate. Llevo una hora oyendo tus paparruchas, que no llevan a ninguna parte. Así que no te enfades conmigo.

—¡Maldita estúpida! No tenía que haber confiado en ti.

—Yo no he pedido tu confianza, eres tú quien se ha empeñado en traerme aquí y... montar este circo. ¡Y ni siquiera he visto salir o entrar de ese tubo ningún rayo!

—¡No puede verse si es de día! ¡Y menos viajando a la velocidad de la luz!

—¡Cállate de una vez, no quiero oírte una palabra más! Esto me pasa por estúpida. Sí, en eso tienes razón, soy estúpida del todo, no sé por qué he permitido que me enredes así. ¡Desenchufa ahora mismo esa manguera! Quiero que desaparezca todo esto inmediatamente. Dios mío, ¿por qué me habré bebido esa última cerveza, en qué estaría yo pensando? ¡Vamos, no te quedes ahí, date prisa!

—¿Quién te crees tú para hablarme así? ¿Quieres que me calle? ¿Es eso lo único que se te ocurre después de que te he dado pruebas? ¡Pruebas! Te he confiado un secreto por el que muchos matarían. ¡Y tú me mandas callar!

—¿Sabes qué? ¡Se acabó! Ahora mismo voy a dar parte de todo esto. Se me va a caer el pelo, pero me da igual. ¡Estás poniendo en peligro todo el laboratorio! El cachivache ese puede hacer saltar los fusibles en cualquier momento y dar lugar a un accidente ahí dentro. ¡Desconéctalo ya!

—Ahora mismo. En cuanto te dé la prueba definitiva que pedías.

Teresa quiso responder, pero un fuerte golpe la dejó sin sentido.

Cuando despertó se encontró sumamente incómoda. Estaba encogida sobre sí misma en un lugar oscuro y estrechísimo.

¡La esfera! Aquel maldito loco la había metido dentro.

—¡Sácame de aquí! —gritó. Pero no hubo respuesta.

Entonces le asaltó el pánico. Frenética, recorrió con sus manos la superficie de la esfera sobre su cabeza, mientras

hiperventilaba y sudada por todos sus poros. Sus manos encontraron la rosca del tubo que atravesaba el metal y la madera. A través del tubo debería verse la luz del sol, pero no se veía nada.

Giró la base del tubo y, para su profundo alivio, comprobó que también podía desenroscarse desde dentro. Giró, giró, giró y el tubo acabó soltándose. Luego lo empujó con los dedos y cayó hacia afuera. Entonces pudo hacer presión en la tapa de metal de la esfera para abrir a la vez esta y, sobre ella, la del arcón. Le costó mucho trabajo, porque Mario había vuelto echar tierra sobre el arcón para esconderlo. Pero se revolvió hasta colocarse en la posición apropiada, empujó con todas sus fuerzas y, con un grito, se liberó de su encierro.

Era de noche. No había luna. Hacía frío, un frío impropio del verano.

Estaba sola. Ni rastro de Mario Rivas. Tampoco estaba ya la manguera de cables que antes corría desde el arcón hasta la farola. ¿Cuánto tiempo había estado inconsciente? A ella no le había parecido que hubiera pasado ni un minuto, pero era evidente que habían sido horas.

Los vapores del alcohol se habían esfumado de su cabeza, pero ahora le dolía bastante por el golpe. ¿Con qué le había pegado aquel loco furioso? Con el tubo, seguramente.

Avanzó unos pasos y se detuvo de nuevo. Había algo raro.

El laboratorio. No estaba donde debería estar. Había desaparecido. El edificio era parecido, pero distinto. Como si

lo hubieran remodelado. Se veía luz dentro y fuera había sillas y mesas, el velador de un bar. Ya entendía. Mario la había enterrado, pero en otro lugar.

Dejó de hacerse preguntas y siguió andando. Dio la vuelta al edificio y comprobó que, efectivamente, era un bar. Entró dentro. Estaba vacío. A excepción de un camarero, que repasaba copas tras la barra, con ayuda de un paño blanco.

—Hola —dijo después de cruzar el espacio hasta la barra y sentarse en uno de los taburetes. El asiento se adaptó inmediatamente a su trasero y sus caderas, como atrapándola entre unos dedos acolchados. Teresa dio un respingo.

—¿Qué le ocurre? —dijo el camarero. Llevaba una pajarita extraña sobre el chaleco negro.

—Este asiento debe estar mal.

El camarero se asomó desde detrás de la barra.

—No creo. Siéntese de nuevo, pero con calma.

Ella lo hizo con cuidado y el asiento volvió a atraparla, pero esta vez más lentamente.

—¿Lo ve?, funciona bien. ¿Qué va ser?

—¿Tiene algo para el dolor de cabeza?

—Sí.

—Pues eso. Espere: y una cerveza.

—Y una cerveza. Marchando.

—No, espere otra vez. ¿Qué hora es?

—Son las nueve.

—Pues entonces cerveza no, mejor un whisky. Con hielo. Sin refresco.

—Ahora mismo.

Teresa echó un vistazo al bar. La decoración era tan extraña como la pajarita del camarero. Le asaltó una sospecha. La desechó al instante. Pero luego preguntó:

—Oiga, ¿dónde estamos? Quiero decir, ¿en qué parte de Málaga? ¿No está por aquí cerca la Facultad de Ciencias y el Laserlab?

—Precisamente está usted en él.

—¿Qué quiere decir?

—Que esto fue en su día en Laserlab. Hasta que un loco lo voló por los aires. Ahora es la Taberna del Ciervo Blanco.

—Es lo más raro que he oído en mi vida.

—Pues le aseguro que no es lo más raro que se oye aquí cada noche.

—Le voy a hacer otra pregunta, si no le importa.

—Adelante.

—No crea que estoy loca, pero ¿en qué año estamos?

—No tiene pinta de estar loca. Y estamos en 2058.

—¿Está usted seguro de eso?

—Puede verlo ahí —dijo, señalando un calendario. Del año 2058.

—Pues entonces, que el whisky sea doble, ¿quiere?



UNIVERSIDAD  
DE MÁLAGA

Vicerrectorado de Investigación y Transferencia  
Publicaciones y Divulgación Científica



GOBIERNO  
DE ESPAÑA

MINISTERIO  
DE ECONOMÍA  
Y COMPETITIVIDAD

FECYT



FUNDACIÓN ESPAÑOLA  
PARA LA CIENCIA  
Y LA TECNOLOGÍA